

Joaquín Lledó

Algunos de los investigadores que se han ocupado del pasado de Móstoles no han dudado en afirmar que nuestra ciudad es más antigua que la historia. Y aunque esto pueda parecer exagerado, es sin embargo de alguna manera cierto, pues muy importante y rica es la Prehistoria de la zona, famosa por ser en ella donde se halló el fósil de un curioso mastodonte mamífero, el *Gophotherium*. Y aunque la pregunta de quiénes fueron los primeros en encontrar arraigo en estas tierras que hoy ocupa Móstoles todavía no tiene una respuesta definitiva, la arqueología no ha dejado de aportarnos hallazgos que confirman la presencia humana en esta región desde épocas cada vez más remotas, al menos desde la época achólense (Paleolítico Medio) y muy probablemente desde la musteriense (Paleolítico Inferior).

Hallazgos que confirman la importancia de las poblaciones que muy pronto se instalaron en la confluencia con el río Guadarrama del Arroyo del Soto, que atraviesa el término de Móstoles de Oriente a Occidente. Y sobre todo, descubrimientos que continúan apoyando las teorías que hacen de Móstoles y de su inmediato entorno un auténtico nudo en el que venían a enlazarse muchos de los caminos de aquellos remotos tiempos.

Son muchos los que han establecido arriesgadas conjeturas a propósito del origen de la ciudad, unos pretendiendo que se trataba de la antigua *Methercosa* de los romanos, otros que era la *Egelesta* de los carpetanos. En 1832 Ceñan Bermúdez, mucho más sobrio, se limitaba a decir que Móstoles pertenecía a la tribu de los Carpetanos y que había sido fundada en una colina llamada Cerro Prieto, extendiéndose luego la villa hacia occidente.

De época prerromana se han encontrados dos fibulas de bronce, halladas en las inmediaciones del Arroyo del Soto, que parecen datar del siglo IV a. C. Pero de la época de la dominación romana existe un número considerable de restos hallados en diversos yacimientos. Sobre todo fragmentos de cerámica, tanto ordinaria como de *terra sigilata* (cerámica lujosa), además de algunos otros objetos como monedas. Y todo ello parece confirmar la existencia de varias explotaciones latifundistas, las llamadas *villae*. Pero además de ser ya de alguna manera una población que se hallaba efectivamente situada en el centro de la región que se conocía como

Carpetania, lo que es seguro es que en época romana Móstoles era sobre todo una encrucijada de varias importantes vías terrestres. Ubicada no muy lejos de ciudades importantes, como *Toletum* (Toledo) o *Complutum* (Alcalá de Henares), el descubrimiento de la forma radial de sus caminos confirma las hipótesis que hacen de la ciudad “el lugar en donde se encuentran los caminos”. La vía XXV del itinerario de Antonio que unía Emérita (Mérida) y *Cesaugusta* (Zaragoza) pasada por Móstoles. Donde también venían a unirse otras vías menores.

Por supuesto, el vestigio más emblemático de aquellos lejanos tiempos es aquel que hizo conocer uno de los primeros arqueólogos españoles, el madrileño Fidel Fuidio. Una bella cabeza femenina de mármol, de tradición griega, que se hallaba situada en un hueco del muro de una antigua noria, en una huerta que era propiedad de la Duquesa de la Conquista. Alguien, hace ya mucho tiempo, es decir, en un tiempo del que nadie guardaba ya la memoria, había instalado el busto en aquella hornacina, para que todos pudieran admirarlo. Los campesinos habían asociado la blanca imagen con la Virgen María, y es por ello que le dieron el nombre con el que se hizo famoso este excepcional vestigio de la antigüedad, la Mariblanca que se convertiría en la figura emblemática de la ciudad.

También son muchas las conjeturas que se hacen a propósito del nombre de Móstoles. Unos dicen que procede de *mons oleum* (monte de aceite, un nombre que aludiría al hecho de que sus olivos fueron famosos desde la más remota antigüedad); otros lo relacionan con *mustum olea* (mosto y aceite, pues también desde muy pronto fueron famosos sus viñedos); o con *turrem de “mons toleti”* que aludiría a una torre de vigilancia que allí existió durante la Edad Media). Y también hay que tener en cuenta que el arqueólogo y profesor de Historia local Jesús Rodríguez Morales formuló una teoría, según la cual, el étimo Móstoles provendría de una referencia a la existencia de algún “monasterio” anterior a la dominación islámica.

La primera referencia documental segura de Móstoles, mencionada como *turrem de Monsteles*, data del año 1144. Esta denominación ha venido a apoyar la hipótesis de que la torre de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción hubiese sido la citada atalaya de vigilancia antes de pasar a servir como campanario de un templo cristiano. Aunque en realidad parece más probable que la torre mudéjar de éste que es hoy el edificio más antiguo de Móstoles fuese edificada en el siglo XIII o XIV. Claro que esto no supone negar que hubiese podido ser edificada sobre los vestigios de una torre más antigua.

Existen en la actualidad algunas investigaciones que muy probablemente nos permitirán establecer en un próximo futuro conjeturas más fundadas sobre el Móstoles del periodo musulmán y los primeros

siglos de la Reconquista. Por ejemplo, las que se relacionan con la posibilidad de que Móstoles fuese asentamiento musulmán, citado en el siglo IX por el cronista árabe *Ibn Hayyan*, llamado *Calatifa*, pues este nombre, *Qalát al Halfa*, significa “castillo en ladrillos”, lo que también aludiría a la ya citada torre.

En cualquier caso, todo nos permite suponer que Móstoles continuó jugando el mismo papel de entrecruzamiento de caminos durante la baja Edad Media, pues todos los rumores hacen de Móstoles etapa, estación, puerto para mercaderes y caminantes. Durante siglos destino de jornada para los que emprendían desde Toledo el camino del norte o para todos aquellos que desde las regiones septentrionales se dirigían a la imperial ciudad.

Del mismo modo también son numerosos los indicios que testimonian de la presencia de musulmanes mudéjares y judíos sefardíes en la región durante los últimos siglos de la Edad Media.

Durante varios siglos Móstoles estuvo vinculada jurídicamente con Toledo, pero convertida Madrid en la capital del reino, el 6 de diciembre de 1565 el rey Felipe II la eximió de su sujeción a Toledo y “la hizo Villa por sí y para sí, con jurisdicción alta y baja y fuero propio”.

Felipe II visitó Móstoles en varias ocasiones, descansando en la mansión que los condes de Payo Cuello tenían en la calle del Calvario (ahora Reyes Católicos) o en alguna de las mansiones que pertenecían al Primer Conde de puñoenrostro (por ejemplo, la que estaba situada en el actual nº 25 de la avenida de La Constitución). Entre los aristócratas que vivieron en Móstoles también se encuentra Francisco de Rojas, señor del ayosín, que estableció un mayorazgo en Móstoles.

En el siglo XVII un tercio de la superficie cultivable lo ocupaba las viñas, y aunque sería a mediados del siglo XVIII cuando los viñedos de Móstoles conocerían su cenit, los vinos de la región, embocados, sobrios y rectos, ya eran conocidos y muy apreciados en el XVII, como lo eran muchos otros de sus productos. Como dice un texto de la época: “Hasta los mismos Reyes de España ordenaban que se les trajesen estos productos de la aldea llamada Móstoles, distante de la Corte apenas unas pocas leguas”.

Luís Zapata de Chaves, paje de la reina Isabel de Portugal, vividor y espadachín, pero también fervoroso erasmista, fue autor de una miscelánea en la que dice: “Los vinos de Móstoles tienen hasta veintiuna diferencias admirables: lo ordinario, lo aflautado, dulzainas, trompetillas, pajarillos...”. En el siglo XVI existían ya al menos dos tabernas, en las que debían detenerse los arrieros, carreteros, viandantes, trajinantes... Pues no hay que olvidar que los que salían de Madrid al alba almorzaban en Móstoles. Y si muy agradables eran ya de por sí los vinos del lugar, aún lo eran más por el hecho de que en los días calurosos eran servidos fríos gracias a un artificio que pasaría a la historia con el nombre de “Los Órganos de Móstoles”. El

Diccionario de la Real Academia de la Lengua dice: “También se denomina órgano a una máquina compuesta de dos o tres cañones de estaño, que se comunican entre sí y por un extremo rematan en una boca angosta y por el otro, que es recto, hay como un brocal de boca grande del mismo metal. Pónese nieve encima de los cañones y se llenan de vino o de agua, y echando por el brocal la porción que se pide del mismo licor, sale otro tanto muy frío por la boca angosta”.

Los órganos de Móstoles son citados ya en el siglo XVI, por Luís Quiñones de Benavente, autor de entremeses y compositor de bailes y seguidillas, que fue caricaturizado por Quevedo, que le hace aparecer en su *Infierno Enmendado* como “Poeta de los pícaros”, y por el ya citado Luís Zapata. La nieve de la que se servían los mostoleños para enfriar su vino procedía de un pozo que estaba situado a tres kilómetros al norte de Móstoles, cerca de donde se hallaba la desaparecida ermita de San Sebastián.

Como es lógico imaginar también tiene gran importancia en la historia de Móstoles todo lo que se refiere a la ermita de Nuestra Señora de los Santos y San Simón de Rojas, declarada Bien de Interés Cultural en 1994. La primera imagen de la Virgen que se venera como Nuestra Señora de los Santos apareció en noviembre de 1514. Según la tradición, estando unos mozos jugando al frontón vino a caer la pelota en una cueva, y fue buscándola como los muchachos hallaron la imagen que habían escondido sus ancestros, junto a la cual todavía continuaban ardiendo milagrosamente los cirios depositados por éstos. En cualquier caso, aunque la leyenda asegura que en el siglo V Móstoles ya poseía una iglesia (quizás el monasterio del que Jesús Rodríguez Morales hace derivar el nombre de Móstoles) y hay alguna noticia que indica que en el siglo IX los mostoleños mandaron tallar una imagen sedente de la Virgen, en realidad la imagen que fue destruida en 1936 era del siglo XVI, es decir, de la época en que se produjo el hallazgo.

La capilla para albergarla fue construida en una casa colindante con la antigua ermita; casa que legó la mostoleña doña Constanza de Rojas, madre de San Simón de Rojas, creador de la fiesta del Dulce Nombre de María que se celebra el 11 de Noviembre y santificado en 1988 por el Papa Juan Pablo II. En 1660 se comenzó a construir la capilla principal, que fue finalizada en 1697, siendo maestros de la albañilería José Carrasco, de Móstoles, y Cristóbal Rodríguez, que había sido maestro de obras en El Escorial y había trazado la planta de la ermita de San Marcos en Aranjuez. Y poco después se la dotó de un bello retablo barroco churrigueresco de Domingo Francisco de Valdearenas, que lo finalizó en 1717. Además de muchos otros tesoros, como la carroza de la Virgen, obra neobarroca de Salvador Páramo de 1877, un copón de plata sobredorada del siglo XVII, un relicario de plata con las reliquias de San Simón de Rojas, un cáliz

limosnero donado por el rey Fernando VII en 1822, una pintura representando a San José de la Escuela Madrileña y los retratos de los padres de San Simón, con preciosos marcos rococós de madera dorada, también guarda la iglesia un grupo escultórico del Niño Jesús y su primo Juanito que es obra de un personaje excepcional, la escultora granadina Luisa Roldán “La Roldana” (1566-1704), que llegó a ser escultora de la Corte y que fue autora del rostro de la Macarena.

Un presbítero llamado Vicente de Carrancio escribió un libro secreto sobre las ermitas mostoleñas en el que se citaban muchas capillas que existieron en el término pero que de las que quedan desgraciadamente pocos vestigios, entre ellas, la ermita de Nuestra Señora de la Salud, la de María Magdalena, la de San Roque, la de la Encarnación, la del Santo Cristo del Humilladero, la de San Marcos y la de Santa Bárbara. Sea como sea, todo ello también testimonia de la importancia del lugar durante el periodo comprendido entre el siglo XVI y XIX.

Aunque evidentemente el hecho histórico que todos asociamos en primero lugar con Móstoles es la gesta de su famoso alcalde. El día 2 de mayo de 1808 Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles, firmó junto a Simón Hernández el bando que había redactado D. Juan Pérez Villamil declarando la guerra al invasor. Durante los dos últimos siglos este acontecimiento ha originado numerosos trabajos y estudios. Muy conocidos son el de Luís Vargas Manzano, redactado con motivo de la construcción del monumento y confección de un álbum dedicado a perpetuar la memoria de Andrés Torrejón en el año del primer aniversario, 1908, el que publicó Antonio Rumeu de Armas en 1940, el de José Montero Alonso en el marco del seminario “Estudios del II Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su Época”, o el de Koldo Palacín Ara, por citar algunos de ellos.

Por otro lado la gesta del alcalde de Móstoles también inspiró obras en verso, novelas e incluso obras de teatro. En 1870 Eduardo de Palacio y Emilio Mozo de Rosales escribirían un episodio histórico en verso titulado *El alcalde de Móstoles*. Al año siguiente Eduardo Cuesta editaría un romance con el mismo título. En 1883 se representó un drama en tres actos de Juan Ocaña Prados titulado *El grito de Independencia*. Enrique Rodríguez-Solís se serviría a principios del siglo XX del personaje en una narración histórica de inspiración romántica.

Claro que la ciudad de Móstoles, y ya no su alcalde, también aparecen en otras novelas y comedias. Y esto durante todo el siglo XIX y hasta nuestros días. Así, entre mucho otros, Luís Mariano de Larra y Wetoret escribió en 1867 una zarzuela bufa en verso titulada *Los órganos de Móstoles*, luego, en 1905, Felipe Pérez Capo estrenó una zarzuela cómica en un acto con música del maestro Millöcker titulada *El organista de Móstoles*. Y Pérez Galdós hablaría de Móstoles en su novela *Narazín*.

Entre 1844 y 1863 una posada taberna sirvió de teatro y fueron numerosas las compañías que allí acudieron a representar diversas obras. En 1861 se produjo en Móstoles el famoso “Motín del vino”. Era costumbre que los labriegos recibieran tres cuartillos de vino, es decir, un litro y medio, cada día. Pero la subida del precio del vino, que llegó a valer aquel año un real el cuartillo, hizo que los propietarios suprimieran esta costumbre, dándoles en compensación un real más de sueldo, lo que provocó un motín en el que los sublevados se enfrentaron incluso con la benemérita.

Aunque hay noticias que confirman que la ciudad ya tenía en un primer escudo las armas del emperador Carlos V, las de su hijo, el rey Felipe II, y las de la reina Isabel, el actual escudo se elaboró entre 1697 y 1717. Existe una teoría de la señora Travesedo y Colón de Carvajal que supone que el escudo primitivo era en realidad la copia de la letra capital del documento que concedía a Móstoles fueros y jurisdicción. Y cierto es que la Virgen con el Niño Jesús en sus brazos aparece dentro de la letra D de Don Felipe II, teniendo bajo ella el lema *Tuta pulcra est Maria*. Entre los ejemplos de este escudo que pueden admirarse está el esculpido en 1851 en la Fuente de los Peces o Fuente de los Tritones y por supuesto el Repostero Heráldico del frontispicio del Salón de Plenos, que fue bordado con hilo de oro por las Hermanas Misioneras de María Inmaculada en la década de los sesenta del siglo XX.

Durante los últimos cuatro siglos la población oscila entre 1.500 y 2.000 habitantes, que viven en unas trescientas casas de adobe, pues el ladrillo no aparece sino a finales del siglo XIX. A mediados del siglo XIX Móstoles ya había perdido muchas características que le habían engrandecido en el pasado. Su importancia geográfica se redujo a la carretera de Extremadura. El renombre de sus vinos y aceites se fue perdiendo. Sus muchas ermitas fueron, como hemos dicho, abandonadas. Y la población subsistía gracias a sus actividades tradicionales, la agricultura, el carbón de encina y la fabricación de una serie de productos como, el pan de higo (eran numerosas las higueras), el arropo (un almíbar que se hacía con mosto, los hollejos del vino y frutas diversas), o la aloja (una bebida no alcohólica a base de miel, agua y especias). Afortunadamente en las últimas décadas del siglo XIX se inició un proceso de políticas de mejora del pueblo con la construcción de la Fuente de los Peces con un lavadero público y un nuevo edificio de Escuelas Municipales, con la instalación en algunos puntos de alumbrado público por petróleo, con la limpieza y arreglo de las calles y caminos, con reparaciones en edificios municipales, etc. En 1891 fue inaugurada la línea ferroviaria Madrid-Almorox, con una estación en Móstoles y el apeadero de Villaviciosa. Este innovador medio de transporte trajo lógicamente grandes beneficios a las localidades por las que pasaba y a las cercanas.

En 1908 se conmemoró el Centenario del 2 de mayo de 1808, que fue solemnemente celebrado, incluso visitando la villa el rey Alfonso XIII entre otras personalidades destacadas. En este Centenario se inauguró el monumento de Andrés Torrejón y poco después Alfonso XIII otorgó a la villa el título de Excelentísima. La electricidad llega en 1910 y el teléfono en 1921.

Móstoles vivió con mucha dureza la Guerra Civil, siendo bombardeada en repetidas ocasiones y perdiendo la vida en ella muchos mostoleños. Pero en el censo de 1950 se superan por vez primera los 2.000 habitantes. Móstoles continúa siendo entonces un pueblo que no tendrá agua corriente sino en 1957. En 1965 la ciudad tiene ya 3.840 habitantes. Pero es en apenas una década, gran parte de las urbanizaciones que componen el casco urbano de Móstoles y algunas exteriores como Parque Coimbra, Pinares Llanos y la Colonia del Guadarrama. También se desarrollan zonas industriales, instalándose en 1966 la fábrica Móstoles Industrial, en el lugar en el que antaño estuvo la ermita de San Juan.

En esos años Móstoles absorbió una importante parte de la explosión demográfica de Madrid y su Área Metropolitana. Pero como este crecimiento extraordinario se produjo sin el necesario planeamiento general, en la segunda mitad de la década de los setenta los mostoleños se enfrentaban a graves problemas como la carencia de equipamientos públicos. En 1970 Móstoles tenía 17.895 habitantes, cinco años más tarde 76.272, y en 1980 149.132. Por lo que en 1981 Móstoles es la ciudad europea que más crece, ya que había doblado su población entre 1975 y 1980.

Con la transición y la llegada de los ayuntamientos democráticos, y gracias a las demandas y las presiones ejercidas por las distintas asociaciones vecinales, se dirigieron todos los esfuerzos a potencia la dotación de la ciudad con equipamientos públicos.

El Plan General de Ordenación Urbana de 1985 marcó el desarrollo de Móstoles en los años siguientes, constituyéndose así el Móstoles que hoy todos conocemos. Actualmente esta en proyecto el nuevo Plan General de Ordenación Urbana que marcará el futuro de una ciudad que ha dejado de ser ciudad dormitorio para convertirse en una ciudad muy importante tanto desde el punto de vista industrial como económico, o incluso cultural. Pero en cualquier caso mucho es lo que queda por investigar, mucho es lo que queda por escribir sobre la historia del Móstoles, tanto sobre la más remota, que no deja de enriquecerse con nuevos hallazgos y nuevos estudios, como sobre la más reciente, incluso aquella que es en gran parte proyecto de futuro. Un futuro que esperemos también sabrá aportarnos un pasado más rico.